

Neutralidad climática: la urgencia de ver más allá de 2050

Por Christiana Figueres, Mario Molina y Joseph Alcamo

En pocos días, el Secretario General de la ONU presidirá una gran cumbre climática en la que se espera que jefes de Estado, alcaldes, instituciones y empresas anuncien novedosas y ambiciosas iniciativas para hacer frente al cambio climático en el corto y medio plazo.

Será además el momento de exponer la visión que el mundo necesita sobre este fenómeno: una visión clara, valiente y científicamente sustentada.

Hacen falta medidas urgentes y osadas para frenar el aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero antes de 2020 y empezar a reducirlas a partir de esa fecha. Hay además que implementar políticas que garanticen un desarrollo económico sostenible y resiliente.

Igual que un joven planifica su carrera, un alcalde la evolución demográfica de su ciudad o una empresa su estrategia de negocio; necesitamos una visión climática de largo plazo para saber dónde queremos estar dentro de medio siglo.

Esa perspectiva de largo plazo pasa por lograr la neutralidad climática lo antes posible, dentro de la segunda mitad de este siglo.

El 5º Informe de Evaluación del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático deja claro que para mantener el calentamiento global por debajo de los 2°C a finales de este siglo, hay que reducir las emisiones de gases de efecto invernadero o mantenerlas cerca del crecimiento cero.

Con ello se protegerá a los más vulnerables de los efectos del cambio climático, de fenómenos que, como las olas de calor, las malas cosechas, las inundaciones o las sequías, se están intensificando, poniendo en peligro vidas y hogares. Si dejamos que las emisiones sigan aumentando, el clima podría sufrir cambios irreversibles y muy dañinos para todos los sectores de la sociedad.

Seamos claros: la neutralidad climática no es un nirvana o un universo paralelo; es reducir drásticamente las emisiones, de manera que sólo emitamos lo que la Tierra es capaz de absorber.

Para lograrlo hemos de dejar atrás el modelo actual de sociedad, generador de altos niveles de gases de efecto invernadero. Hemos de apostar por los certificados de reducción de emisiones, descarbonizar progresivamente la economía global para, al final, constituir una gran familia de estados climáticamente neutros.

Un ecosistema sano es también fundamental, porque la naturaleza juega un papel cada vez más importante en la eliminación del carbono de la atmósfera.

Se requieren importantes inversiones en energías más limpias y eficientes, tanto para alimentar el transporte como los edificios. Se necesitarán asimismo sistemas más inteligentes para la restauración de costas, bosques y suelos degradados.

En definitiva, esta forma de desarrollo es la más económica para todos porque nos evitará los enormes costos potenciales de los efectos del cambio climático. Servirá además para generar empleo en la construcción de edificios y medios de transporte eficientes, así como infraestructuras y sistemas de gestión de recursos climáticamente responsables.

Se trata de un esfuerzo ambicioso y que habrá que mantener en el tiempo, pero es sin duda el objetivo que debe guiar las decisiones de un presente que ambiciona construir el futuro.

A día de hoy, alcanzar la neutralidad climática puede parecernos una tarea colosal, sobre todo teniendo en cuenta que las emisiones siguen creciendo, a pesar del uso en aumento de las energías renovables, la mejora de la eficiencia energética y las iniciativas de gestión de recursos naturales como los bosques.

Sin embargo, ya hay países como Bután, Costa Rica, Papúa Nueva Guinea, Suecia o Suiza que están dirigiendo sus economías hacia ese objetivo, aplicando una visión de largo plazo.

Muchas ciudades, miembros de asociaciones como ICLEI o C40, se están comprometiendo también en el largo plazo a reducir sus emisiones en un 80, 90, y hasta un 100 por ciento. Es el caso de ciudades pioneras como Copenhague, Estocolmo, Oslo o Seattle.

Numerosas empresas con visión de futuro están siguiendo esta tendencia. Entre ellas hay grandes marcas de Internet, la alta tecnología o la banca.

Con la Cumbre del Clima del Secretario General de la ONU se quiere elevar el nivel de ambición de cara a la Conferencia sobre el Clima que se celebrará en diciembre en Lima, Perú, y que será la antesala de la que tendrá lugar en París, Francia, a finales de 2015.

Las naciones convinieron que de París saldrá un nuevo acuerdo que marcará un antes y un después en la reducción de emisiones, y en la asistencia a los más pobres y vulnerables a adaptarse a los efectos ya en marcha del cambio climático.

Pero como la ciencia ha dejado claro, el juego no termina aquí. Si lo que queremos es erradicar verdaderamente la pobreza y lograr un mundo más seguro, hemos de mantener una visión a largo plazo sobre la neutralidad del carbono, una visión que se prolongue a la segunda mitad de este siglo.

Sólo así garantizaremos que los 9 mil millones de personas que habitarán la Tierra en 2050 tengan expectativas de vida reales e ilusionantes, en un planeta próspero y saludable también para las generaciones futuras.

Christiana Figueres es Secretaria Ejecutiva de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Mario Molina es Premio Nobel de Química y Presidente del Centro Mario Molina para Estudios Estratégicos sobre Energía y Medio Ambiente, y Joseph Alcamo es Director del Centro para la Investigación de Sistemas Ambientales de la Universidad de Kassel y ex jefe científico del PNUMA.